

LA MUJER Y LA POLITICA



Las mujeres votan a las derechas, puede ser. Pero el voto se lo dieron las izquierdas. Sin embargo, estas trabajadoras francesas seguro que votan a las izquierdas.

UNAS horas antes de la apertura de los comicios en la República Dominicana, el Comité preparatorio decidió acceder a la petición del Dr. Joaquín Balaguer de que las mujeres fuesen admitidas a votar aunque no tuvieran la tarjeta de identidad electoral. Balaguer había hecho tal hincapié en la cuestión —enérgicamente rebatida por Juan Bosch—, que hasta amenazó con retirarse de la lucha si no se le atendía. De esta forma aumentó notablemente el censo femenino en las elecciones. Sin excluir la posible razón de los partidarios de Bosch sobre la falsificación de los resultados —las manifestaciones de protestas han ocasionado ya varios muertos y muchos heridos—, es muy posible atribuir el impensado triunfo de Balaguer, al menos en parte, a los votos femeninos que tan ardientemente reclamaba, hasta el punto de renunciar a su candidatura si no los concedían. No es el propósito de estas líneas discutir el resultado de las elecciones en la República Dominicana, ni estudiar el significado de la victoria de Balaguer y sus posibles consecuencias. Trato de señalar un hecho que se produce una vez más, y que aparece para muchos como paradójico: la izquierda reivindica continuamente los derechos de la mujer, lucha contra la alienación de la mujer, reclama su igualdad con el hombre y, naturalmente, exige su derecho al voto allí donde no lo tiene. Sin embargo, la mujer utiliza su voto en favor de la derecha, en favor de los conservadores. Hablo de una manera general. Sólo de una manera general, naturalmente, se puede hablar cuando se tra-

SIGUE

Por **JUAN ALDEBARAN**

ELLAS VOTAN A LAS DERECHAS

ELLAS VOTAN A LAS DERECHAS

ta de señalar tendencias de grupo. El hecho de que este fenómeno se repita continuamente y en ambientes muy distintos —la Francia de De Gaulle, la Italia del centro-izquierda, o la revuelta República Dominicana, ocupada por fuerzas extranjeras y en situación de anarquía política y lucha civil desde hace trece meses— permite considerarlo como un fenómeno general.

sexo y sociedad

¿Hay una diferenciación biológica entre el hombre y la mujer que justifique esta actitud política? La mayor parte, por no decir todos, de los tratadistas modernos que estudian los problemas de la diferenciación sexual responderán que no. Se tiende más cada vez a admitir que el comportamiento general de la mujer no difiere del del hombre por condiciones o características biológicas, sino por factores de situación. En un estudio realizado en Francia, sus autores decían: «En ningún momento hemos encontrado un comportamiento específicamente ligado al sexo, propio de hombres o propio de mujeres, que sea independiente de las condiciones sociales en las cuales viven. Hombres y mujeres son, ante todo, seres humanos en situación de hombres o en situación de mujeres. Estas situaciones son hechos indiscutibles, pero nada prueba que se desprendan necesariamente de caracteres biológicos implicados en la noción de sexo. Es preciso hacer intervenir, ante todo, en la explicación del comportamiento político, el contexto psico-social propio a cada sexo» (Matié Dogan y Jacques Narbonne, «Les françaises face à la politique», París, 1955). Sin embargo, si se atiende a ciertos autores que entienden que el origen de la actitud política es de fuente sexual —principalmente, los psicoanalistas— es indudable que la biología de la mujer podría llevarla a actitudes políticas muy distintas de la del hombre. Por ejemplo, el análisis freudiano piensa que las actitudes autoritarias proceden de una fijación del complejo de Edipo: el doctor Lacan desarrolla esa teoría en el sentido de que del complejo de Edipo no absorbido surgen los celos, en forma de complejo «de intrusión», a partir del descubrimiento de un semejante-rival, de donde viene una oposición a la sociedad que suscita el deseo de anular la existencia de otro. En fin, la personalidad autoritaria. Hay que tener mucho cuidado con las versiones de los modernos psicoanalistas, sobre todo de la escuela americana. Se pueden encontrar datos tan disparatadamente divertidos como el que administra Gorer, según el cual la personalidad autoritaria de los comunistas soviéticos se debe a la costumbre rusa de fajar a los bebés demasiado apretados. Los factores sexuales, como todos los factores psicológicos profundos, contribuyen a la formación de caracteres y a la fijación de actitudes y, por lo tanto, están presentes en la política, como están presentes en todo acto de la vida. Se pueden utilizar en el examen de una personalidad política. Son difíciles de utilizar en generalizaciones.

la mujer y las derechas

Es indudable que si la mujer y el hombre comparten el mundo, lo comparten en dos esferas distintas, reservándose cada sexo un grupo de actividades. En tanto se desarrolla la llamada revolución femenina (la liberación de la mujer, que sin duda está en marcha), en la actualidad la mujer vive dentro de un mundo masculino, creado por el hombre y para el hombre. En este desequilibrio actual y sin duda provisional podemos encontrar que el papel político de la mujer es subordinado y lateral, incluso en los países que proclaman la igualdad máxima. Una de las ofensas que las mujeres han recibido de la izquierda tradicional es que nunca le ha confiado puestos de responsabilidad. En los regímenes monárquicos la importancia de la fuerza hereditaria —una de las diferenciaciones entre izquierda y derecha es que aquella da más importancia a los factores adquiridos y ésta a los hereditarios— ha permitido la existencia de reinas, incluso de grandes reinas, y de reinas autoritarias; no ha habido una sola república que otorgue la presidencia a una mujer. Esta diferenciación, sin embargo, no pasa de ahí: las monarquías, incluso las ejercidas por reinas, no conceden puestos ministeriales a las mujeres. La derecha, que no resta



Isabel la Católica, en España, y Victoria, en Inglaterra, fueron mujeres que gobernaron activamente en distintos momentos. En sus gobiernos no hubo cargos importantes para otros miembros.



Eva Duarte de Perón fue, hasta su muerte, más que una colaboradora en la política de su marido.



admiración a sus reinas, y no sólo como símbolos sino como creadoras de ambiente político y social —no es preciso citar ejemplos, que están en la memoria de todos: bastaría con el de la Reina Victoria, o con el de Isabel la Católica—, es la defensora de la mujer en el hogar. La mujer guardada. ¿Por qué? Un sociólogo como el profesor Gaston Bouthoul lo explica diciendo que «la extrema sujeción en la que se conservaban las mujeres era resultante de las condiciones demográficas tradicionales, es decir, a la muy elevada mortalidad infantil; era absolutamente preciso mantenerlas en su puesto de procreadoras, bajo pena de ver extinguirse el género humano» (G. B., «Sociologie de la politique», París, 1965). Por esta explicación puede concordar que el temperamento político conservador tienda, evidentemente, a conservar a la mujer, a no exponerla a riesgos. Y la vida política no ha cesado de ser un riesgo en nuestros días: un riesgo que causa muertos y heridos a cada hora. Ciertamente los regímenes de derechas extremas, basados en el culto a la demografía, han sido siempre los más partidarios del encierro de la mujer. Hitler seguía las enseñanzas del Kaiser señalando a las mujeres «las tres K»: «Küche, Kinder, Kirche» (cocina, niños, iglesia); Mussolini les prohibió la enseñanza superior (G. Bouthoul, obra citada).

las izquierdas tienen miedo

Pero la mujer no ha encontrado mucha mayor comprensión en la izquierda, aparte de los programas teóricos. Uno de los mayores enemigos que la mujer haya tenido jamás es un socialista, Joseph Proudhon, cuya actitud si debía proceder de algún complejo sexual más o menos oculto. En Francia se planteó la cuestión del voto femenino en 1878 y no se resolvió hasta después de la segunda guerra mundial. Madame Morey describe la situación en que la izquierda luchaba entonces contra el voto femenino: «Hubo ateos que defendían la realeza del derecho divino del padre de familia, republicanos a la moda de la antigua Roma, que sólo concebían a la mujer sentada en el hogar; bravos burgueses, un poco parientes de Joseph Proudhon, identificando la ignorancia con la pureza y deseosos de evitar a sus hijas, esas tiernas flores, el contacto brutal con la realidad» (M. Morey, «Les origines de l'enseignement secondaire féminin», en «Femmes diplomées», tercer trimestre de 1962). Cada vez que el tema se examinó en el Parlamento fue rechazado, la última de ellas durante el Frente Popular de 1936, que rechazó la propuesta del partido comunista en favor del voto de las mujeres. ¿Por qué? Porque siempre ha temido la izquierda francesa de origen radical y librepensador la influencia de la Iglesia a través de la mujer, el peso del confesionario en las urnas electorales. «Incluso los camaradas comunistas no están lejos de creer, con los reaccionarios, que el puesto de la mujer está en el hogar», escribía una comunista tan destacada como Jeannette Vermeersch («Les femmes dans la nation», Ed. sociales. París, 1961). Dos escritoras francesas Andrée Michel y Geneviève Texier («La condition de la française d'aujourd'hui», Ed. Gonthier. París, 1964), aseguran que el partido comunista francés ha perdido muchos votos femeninos por su oposición al «birth control» (oposición mantenida con mucha más energía aún por la derecha, pero discretamente acogida por la izquierda moderada).

factores de conservadurismo femenino

La derecha limita la participación de la mujer en la política, pero la acepta porque va «en su sentido». La izquierda proclama la igualdad de la mujer, pero la teme porque va «en sentido contrario». ¿Por qué la mujer, en términos generales, elige la derecha? La explicación religiosa es importante. La mayor parte de los sociólogos creen que si la mujer no es más religiosa que el hombre, es en cambio «más practicante» y, por lo tanto, está más sometida a la influencia jerárquica de la Iglesia; estos sociólogos identifican la Iglesia a los grupos conservadores del país. «En los países llamados católicos (Francia e Italia, por ejemplo) la práctica religiosa ha sido hasta ahora asociada a los comportamientos políticos moderados

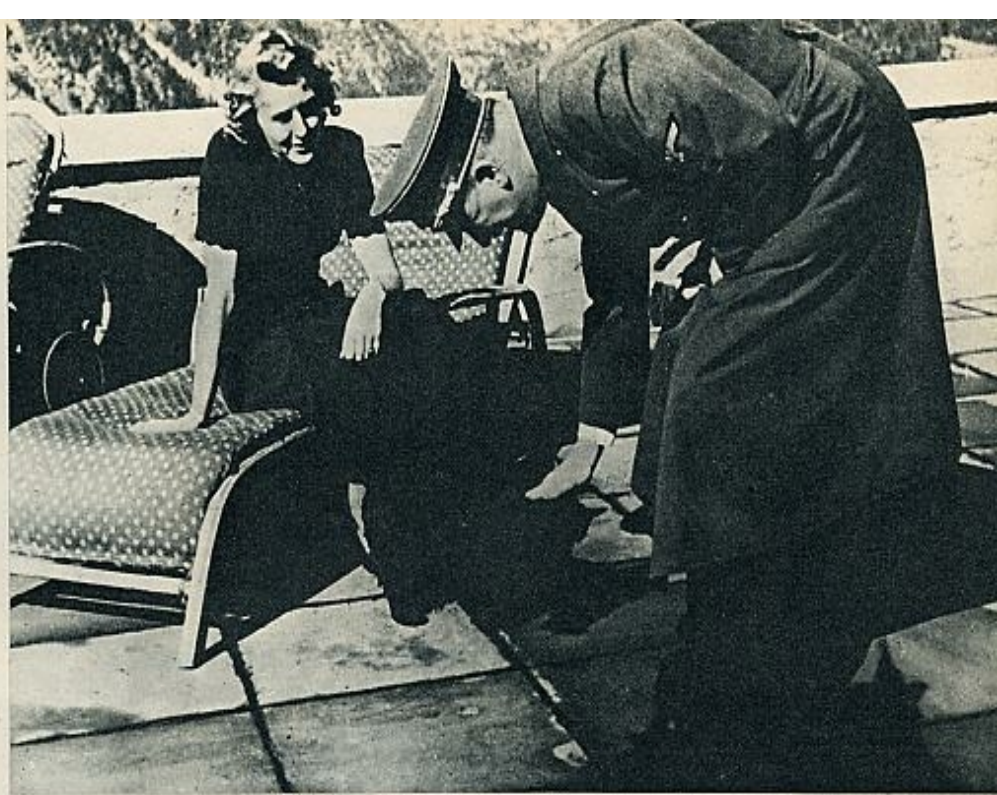
o francamente conservadores. Esta observación, que no va en contra de la existencia y el papel de los católicos de izquierdas, se desprende de las investigaciones realizadas por Gabriel le Bras, que escribía hace quince años: «Las grandes regiones en las que prosperan la antigua derecha y el nuevo centro coinciden con las grandes regiones de observancia (religiosa)» (Jean Meynaud y Alain Lancelot, «Les attitudes politiques», París, 1964).

Hay un factor importante: el sentido de «orden» en la mujer. Es conocida la actitud de la esposa del huelguista (la literatura la ha presentado varias veces) o del activista político, que recomienda continuamente a su esposo «que no se meta en nada». La odiosa frase de Goethe de que «es mejor la injusticia que el desorden», parece anclada en estas mujeres. Sin embargo, estas conservadoras del hogar comparten las angustias económicas del marido —cuando no tienden a culparle a él de su escasez— y viven en un medio social —el suburbio, los barrios obreros— donde la injusticia prevalece. ¿Son estas mujeres traidoras a su clase? Simplemente, no están informadas. No conocen el alcance de las aperturas políticas que se les ofrecen. Y en muchos casos están «colonizadas» por sus maridos, como antes lo han estado por sus padres. En ciertos países subdesarrollados donde la mujer no ha salido aún de la categoría de objeto he podido observar que estas mujeres odian profundamente —cuando tienen independencia de conciencia— a los hombres de su propio país, que las mantienen en el estado objetal, más que a los extranjeros, colonos o antiguos colonos, que a las tratan con mayor consideración. Tampoco por ello se les puede considerar traidoras a su raza o a su país, sino enemigas de quienes son sus más directos opresores. Esta comparación no es muy exacta al aplicarla a las mujeres de clases tradicionalmente izquierdistas que votan por la derecha. La «traición a la clase» se debe más bien a la necesidad de asumir su propia situación. Es decir, las mujeres que han aceptado como base de su vida la «feminidad» y los mitos correspondientes a ella —pasividad, dulzura, intuición, inferioridad...— eligen el voto conservador; la mujer nueva, la que ha tomado conciencia de que participa en una lucha de liberación, su voto no es necesariamente progresista, pero sí es autónomo: es decir, independiente y libremente elegido.

Pero es necesario tener también en cuenta, como antes he apuntado de paso, la falta de «información» de la mujer. Es obvio insistir en el papel que tiene la información en la elección de las actitudes políticas. En general, la mujer tiene menor acceso a las fuentes de información que el hombre, y englobo en la información enseñanza, lectura, medios de comunicación, observación directa de la vida, etc. Además, esta información llega a las mujeres «seleccionadas». Se las cría en la «feminidad». Las encuestas de Terman y Lima («Children's readings», Nueva York, 1926) demuestran que las niñas leen «cinco veces más libros de amor que los niños» (los cuales leen «tres veces más libros de aventuras», y no hay que olvidar que todos los libros de aventuras tienen un condicionamiento político que no tienen los libros de amor). Estas selecciones previas a partir de la infancia producen una aceptación de la condición no política de la mujer, y son muy influyentes en su adolescencia. Y, por tanto, en su edad adulta. Lovel ha comprobado que en la última guerra mundial las mujeres leían menos noticias militares que los hombres (G. D. Lovel, «A sex difference in opinion», 1945), mientras que Deutsch y Proshansky, en una encuesta realizada durante una crisis internacional, han encontrado que las mujeres estaban peor informadas que los hombres («Information and opinion during an international crisis», 1961).

Independencia futura

Una serie de factores están ocurriendo en el mundo que atañen directamente a la condición de la mujer. La extensión de todos los medios de información las alcanza, aun a aquellas que no tienen la voluntad de recibir tal información. Las exigencias demográficas de las naciones no solamente son menores sino que a partir de las sociedades «de punta» se comienza a dar marcha atrás, a tratar de reducir el exceso de nacimientos por varios medios; lo cual incide de manera notabilísima en la nueva situación de la



El socialista (nacional) Hitler pensaba como el Kaiser: las mujeres debían dedicarse a las tres K, o sea, «kuche, kinder, kirche» (cocina, niños, iglesia). Abajo, Indira Gandhi, primer ministro de la India, con el presidente Johnson, durante su reciente viaje a Estados Unidos, donde fue en busca de ayuda para su pueblo.



mujer. La segunda guerra mundial, insistiendo en tendencias apuntadas ya en la primera, hizo que la mujer ocupase puestos de trabajo reservados hasta entonces a los hombres —y abandonados por ellos para dirigirse al combate—; aunque después muchas han sido expulsadas de ellos, la mayoría se han quedado. «La familia patriarcal cede el paso cada vez más a familias en las que el hombre y la mujer, con derechos iguales, examinan juntos los problemas de la vida y toman juntos las decisiones esenciales» (Tratado de sociología de los profesores Schelsky, Heere y Moulin, 1962). En las tendencias de la juventud, que son una configuración del futuro, se está llegando a lo que los americanos llaman «el unisexo» —ateñiéndose, desde luego, a caracteres formales—. De

todo ello se desprende que la actitud política de la mujer, si aún no ha cambiado enteramente en muchos países —especialmente en los países latinos o de origen indirectamente latino, como los hispanoamericanos— está cambiando muy rápidamente, y que en el futuro llegará a una expresión de su actitud —el voto, o la tribuna— que corresponda a los mismos caracteres que ahora existen en el hombre: el contexto social y económico, la conciencia de clase, la selección de información y, en fin, toda la larga lista de factores determinantes de la actitud política que no es ahora del caso enumerar.

J. A.
(Fotos archivo TRIUNFO)